



El gobierno de “lo que venga después”. Ficciones rurales de la literatura argentina actual

Lucía De Leone¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de las Artes
lmdeleone@gmail.com

Resumen: Desde los últimos años, los espacios rurales se constituyen en un emplazamiento privilegiado de imaginarios apocalípticos sobre el destino de la tierra, las poblaciones y las formas de vida. En este sentido, una vasta zona de la literatura argentina actual recolocan el relato del final en el campo. En este marco general, este trabajo propone que los relatos de *Quema* de la escritora catalana argentina Ariadna Casterllanau abren un espacio ficcional fluido que cruza zonas de la tradición del ruralismo con imaginarios para después del final, y establece para los sobrevivientes que huyen de la ciudad devastada al campo -despojados ya de imaginaciones nacionales y nacionalistas- nuevos regímenes económico- afectivos, otras clases de ciudadanía, otorgadas menos territorialmente y por regulación de los Estados que por pertenencia a colectivos-bandos, y un sistema heterodoxo de repartición de tiempos, espacios, prácticas, oficios y comportamientos.

Palabras clave: Campo – *Quema* – Literatura argentina actual – Fin de mundo

Abstract: Since the last years, the rural spaces have become a privileged location of apocalyptic imaginaries about the destiny of the earth, the populations and the ways of life. Thus, a vast area of current Argentine literature reposition the story of the end in the countryside. In this general framework, this work proposes that *Quema* of the Argentinean writer Ariadna Casterllanau open up a fluid fictional space that crosses areas of the tradition of ruralism with imaginary for after the end, and establishes for the survivors who flee from the devastated city to the countryside - already stripped of national and nationalist imaginings - new economic-affective regimes, other kinds of citizenship, granted less territorially and by regulation of the States than by belonging to collective-factions, and a heterodox system of distribution of times, spaces, practices, trades and behaviors.

¹ **Lucía De Leone** es doctora en Letras (UBA) e investigadora del CONICET. Profesora de *Teoría y análisis literario* de la carrera de Letras (UBA) y de “Artes de la escritura” (UNA). Es coeditora del libro *Escrito en el viento. Lecturas sobre Sara Gallardo* (Buenos Aires, FFyL, UBA, 2013), preparó y prologó *Almafuerte* y *El libro humilde y doliente* de Salvadora Medina Onrubia (Córdoba, Buena Vista, 2014). Prologó y armó la edición de Sara Gallardo, *Macaneos. Las columnas de Confirmado (1967-1972)* (Buenos Aires, Winograd, 2015), y *Los oficios* (Buenos Aires, Excursiones, 2018). Dictó seminarios sobre literatura y género en UNSAM, UNLu y UBA. Publicó artículos en libros especializados y revistas académicas nacionales e internacionales. Integra el Comité Editor de *Mora* (IIEGE).



Key Words: Country – *Quema* – Contemporary Argentine Literature – End of the World

Artistas del hambre

En un tiempo determinado por el después de la *Quema*, el horizonte de pierde y un cielo de cenizas espesas confunde la madrugada con el amanecer. El mundo se muere, de hambre. Hay cadáveres, por todos lados. Es un cementerio desordenado con los muertos a la vista. Los cuerpos “fuera de juego”, mezclados, desapehados y no dignos de duelo, empiezan a ser profanados. El territorio es una superficie salvaje, donde rige la ley del más fuerte. Si la historia del principio del mundo fue atribuida a Adán, la historia del final empezó cuando el MAL creció en el interior de la tierra y se esparció rápido como el viento. Algunos tienen la esperanza de encontrar en el campo a la tierra prometida. Pero para eso hay que caminar.

Rita y el hombre –un NN así lexicalizado– son quienes pactan dejarse morir de hambre en el marco de las nuevas circunstancias que introduce la novela *Quema* (Buenos Aires, Gog y Magog, 2015) de la escritora catalana residente en Buenos Aires, Ariadna Castellarnau. En virtud de a quién le toca ingerir el último durazno del frasco de una despensa ya desabastecida, los integrantes de esta unión azarosa, desamorada e instrumental, esa que se forma sorteando detalles y borrando hechos pasados, se convierten en los *artistas del hambre*.

Artistas del hambre en tanto artífices, inventores, estrategias para la supervivencia, en un espacio rural de atributos inespecíficos: es páramo, es casco de estancia, es llanura, es ruta, es valle, es monte o hay bosque. Si como sostiene Judith Butler (*Marcos*) vivir es siempre vivir una vida que está en peligro desde el principio, y la vulnerabilidad corporal implica la posible eliminación repentina de esa vida por razones ajenas a uno mismo, la apuesta será aquí por la supervivencia, en la que el otro es siempre instrumento de ese impulso de conservación. Sobrevivir hasta donde se pueda, hasta donde



resistan esos cuerpos en inanición, que se reducen a su mínima expresión, como el artista acabado del cuento de Kafka. Sobrevivir, entonces, hasta animarse a dejarse morir, de hambre además, que no es lo mismo que tan sólo morir. Aquel pacto implica rebelarse a modos socialmente facilitados de morir, hacerse preguntas sobre el tiempo, el espacio y las formas que involucran el acto de dejarse morir y convertirse en los propios administradores de su vida y agentes de su muerte: ¿cuánto se tarda en morir de hambre?, ¿depende del peso?, ¿cuándo se ingresa a la muerte?, ¿cuál es la fenomenología de la vida corporal?, ¿duele la muerte lenta, por hambre?, ¿cuál será el destino de esos cuerpos?, ¿serán las de ambos dos vidas lloradas, dos vidas que importen?

Pese a todos esos interrogantes tan cercanos al ritual tribal como a las bases de la bioética, “morirse de hambre no tiene nada de simbólico”, mucho menos en el escenario del final y de después del final, ese escenario del “punto del no retorno”, que irá urdiéndose a lo largo de esta novela fragmentaria. Compuesta por relatos autónomos, *Quema* diseña un universo narrativo común en el que los personajes caminan, desaparecen y reaparecen de un relato a otro. Basta tan solo con un detalle (un calcetín con motivos navideños, por ejemplo) para identificar la presencia de un mismo personaje en situaciones narrativas diferentes. Interesa particularmente acentuar ese tránsito de los personajes entre relatos, porque el caminar (de relato en relato, de la ciudad al campo, a campo traviesa, desde la Quema a la zona protegida, de la Tigra a Youkali, entre otros circuitos que imponen las nuevas cartografías no coincidentes con los mapas logo-tipo), será el único medio de movilización posible: en ese mundo desproveído, donde la fuerza física y la resistencia valen más que la mercancía, el desplazamiento hacia la futuridad que anuncia traer el fin será casi siempre a pie y por tracción a sangre.

Ahora bien, han sido generalmente las ciudades los sitios preferenciales en los que instalar fábulas del final: el cataclismo natural, la invasión extra e intraterrestre, la dominación robótica y cibernética sobre la raza humana. La literatura, el cine, las series televisivas dieron máxima



muestra de este fenómeno, como refiere en *Ciudades muertas* (2002) el historiador estadounidense Mike Davis, donde además estudia los espacios reales (La Vegas, Nueva York, Berlín, Los Ángeles) y realiza una genealogía de catástrofes urbanas producidas por políticas humanas de liquidación y no sustentabilidad de bienes naturales, contaminación nuclear, terrorismo medioambiental.

Parecería ser que, desde los últimos años, es el territorio rural nacional el que se constituye en un emplazamiento privilegiado de imaginarios apocalípticos sobre el destino de la tierra, las poblaciones y las formas de vida. En este sentido, una vasta zona de la literatura argentina del presente integrada por escritores y escritoras jóvenes recolocan el relato del final, con efectos diferentes, en el campo. Atravesados por los impactos de las tecnologías biogenéticas e informáticas que el capitalismo en su estadio gore (Valencia), global, “necro” y posindustrial impone a las distintas formas vivientes, estas ficciones, que hacen un uso desviado del fantasy, el melodrama, la ciencia ficción, la gauchesca, problematizan el gobierno de la vida y la muerte en escenarios rurales postutópicos, donde se asientan nuevas comunidades forjadas por agenciamientos singulares, muchas veces más allá de lo humano, que como el propio mundo también están al borde de la extinción: los intoxicados por las políticas de capitalización de beneficios naturales a expensas de la destrucción ecológica y humana de Samanta Schweblin (*Distancia de rescate*, 2014) y María Inés Krimer (*Noxa*, 2016); los machitos de campo deglutidos por los gusanos gigantes que habitan las siembras directas de la soja en Cristian Molina (*Un pequeño mundo enfermo*, 2014; *Machos de campo*, 2017); los gauchoïdes guerrilleros que toman las pampas y arrasan con las parcelas de soja en Michel Nieva (*¿Sueñan los gauchoïdes con ñandúes eléctricos?*, 2013); la generación mejorada de androides, hechos de carne, que salen del meteorito que cae en mitad del campo en *Quedate conmigo* de Inés Acevedo. En ese inventario, están también los caminantes agotados, de pies llagados, los imperfectos, los



hambrientos que sobreviven y autogestionan sus modos de vivir y de morir de la novela de Castellarnau.

En este marco general, sostengo que los relatos de *Quema* abren un espacio ficcional fluido que cruza zonas de la tradición del ruralismo con imaginarios para después del final, y establece para los sobrevivientes que huyen de la ciudad devastada al campo –despojado ya de imaginerías nacionales y nacionalistas- nuevos regímenes económico- afectivos y otras clases de ciudadanía, otorgadas menos territorialmente y por regulación de los Estados que por pertenencia a colectivos-bandos.

Cuando los mapas cambiaron

Antes de la llegada del Mal, las cosas se regían por ciclos, había estaciones. En el invierno previo a la Quema, el hielo había borrado el cielo, fundiendo en un Aleph, todos los tiempos en un mismo día. Fue entonces que la vida dejó de contabilizarse por estadios y ya no se pensaba en llegar a la vejez. En el nuevo orden jurídico que instalan los tiempos de la Demolición la gente por miedo al MAL deja sus casas, rompe y quema sus posesiones. En lugar de limpiar y purgar, el fuego deja cenizas que asfixian, acumula basura, acopia restos, instala a los sujetos en un estado de suciedad y horizontalidad (yacen en el suelo) que no despierta lo que Butler (Marcos) denomina “capacidad de reacción moral”, como por caso sería el horror ante la aberración, y los sustrae de sus funciones subjetivas: las personas habían perdido hasta la vergüenza.

Los despojados, entonces, comienzan a huir de la ciudad de la furia, la de los saqueos, la hambruna, las violencias, el exterminio poblacional y la instalación de economías del miedo. Una situación que podría asemejarse con muchas ciudades del presente, que fomentan en la huida y los desplazamientos incesantes, la formación de otras clases de ciudadanía en un contexto mundializado. En el orden de las representaciones, por tomar un emergente notable, podría asociarse a la ciudad del año del desierto, si no



fuera por la fuerte inscripción temporal de la novela de Pedro Mairal que Castellarnau evade.

Ahora bien, mediante una reactivación del tradicional dispositivo campo-ciudad sobre el que se depositaron paradigmas interpretativos de la conformación de un Estado-Nación, esta novela narra una cronología interceptada, distinta a la de la Nación, mientras estatuye discontinuidades morfológicas en el espacio rural. *Quema* avanza por medio de un sistema heterodoxo de repartición de tiempos, espacios, prácticas, oficios, desconfigurados de sus formato convencionales, y está poblada de sobrevivientes que escapan, con alguna ilusión, de la ciudad al campo: “no queda nadie en la ciudad” (30). En ese itinerario podría leerse cierta recuperación de imágenes bucólicas, profilácticas, ligadas al campo como espacio hospitalario y de ortopedia moral para lxs infectadxs, por ejemplo, del derroche, el antiguo *spleen* y la sobredosis de urbanería. Hoy quizá leeríamos ese gesto como un fenómeno de neoruralismo, donde ese mismo espacio de airepurismo funcionaría como terapéutica ecológica mediante un supuesto retorno a “lo natural”, en tanto y en cuanto se trate de una zona liberada de la sojización, las toxicidades, la rebelión de la naturaleza y las políticas de la muerte que imponen las nuevas formas globales de extractivismo y producción agrocapiatistas.

Aunque en primera instancia podría tentarnos esa clave de lectura desde el consabido binomio campo-ciudad que atravesó buena parte de la literatura argentina, no será el caso de esta novela, en la que si el tiempo había dejado de contar, los mapas trazados conforme a criterios y límites nacionales se habían modificado tanto o más que el mundo. Con las coordenadas cambiadas y acaso guiados por una brújula interna, los desgraciados llegan mediante un “viaje espantoso” a zonas rurales en las que el reparto desigual y el mal ya estaban hace rato.

No obstante, ese campo de después del final, que no está geopolíticamente delimitado, pareciera funcionar, territorial y simbólicamente, como un foco de resistencia. Nuevamente la figura del



desplazamiento de vuelve central: ya sea por corrimiento topográfico ya sea por la construcción de nuevos relatos rurales (el re-latum es lo que se traslada o lo trasladado).

Así, por un lado, hay zonas rurales alejadas, caídas de los antiguos mapas, que desobedecen y subvierten las leyes y los tiempos de la Quema. En el extraño lugar de La Tigra donde “se habría suspendido el destino”, una mujer llamada Lux –cuyo nombre compite con el fuego– se amotina: allí obliga a la tierra, que antes de los tiempos de la Demolición era un páramo, a ser fértil y a dar frutos. Inserta en un régimen de desregulación de los afectos, la tigresa de las pampas defiende sus propiedades con armas y sin compasión del avance de los desesperados que, en tanto vidas no merecedoras de protección ni de derechos, constituyen una amenaza directa. Y, el reino de Youkali, liderado asimismo por una mujer, que tiene pata de palo y congrega solamente a personajes monstruificados (a los imperfectos), también desafía las órdenes de la Quema, ese gran acontecimiento que la reina tilda como el segundo gesto más inútil de la Humanidad después de la llegada a la Luna. Se trata, así, de una zona de conservación de las cosas, como la vajilla fina, los mobiliarios y los sillones aterciopelados que no se perdieron con el fuego. En medio de un campo productivo, con herramientas, y de claras resonancias aireanas, se levantan residencias lujosas hechas con los desperdicios urbanos que sobrevivieron a la quema, donde se come bien, la gente se baña, duerme en colchones y las sábanas acarician hasta que el sueño llega.

Por otro lado, resiste una imagen campera que, aunque quimérica, funciona como relato consolatorio. Ese campo al que se llega, huyendo de la ciudad quemada, rescata, al menos como ruina, una épica que lo destituye de sus antiguas metáforas fundacionales y lo conecta con la atmósfera pastoral del “locus amoenus” y el “beatus ille” que añora un pasado mejor:

Los fines de semana, el parque, con sus merenderos y la zona recreativa, se llenaba de gente de la ciudad que se acercaba al pueblo para disfrutar de un día de campo. Había niños que corrían en bañador. Había hombres que cocinaban unos buenos bistecs en las barbacoas. Había mujeres que bebían



V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

refrescos isotónicos, durante una pausa de su partido de tenis, sudorosas y felices bajo el sol del verano (30-31).

Una memorabilia, así, resguardada en relatos –esos que se trasladan de padres a hijas– que sostenían un perfecto equilibrio entre los habitantes del pueblo y la gente que venía de la ciudad. Si cuando el mal se instala, los libros –incluso la Biblia– pierden su valor simbólico y sólo perviven por su materialidad en uso (sirven como montañas que hacen las veces de tobogán), sólo quedan esos relatos rurales, que desbarbarizan, atrasan la muerte y hasta funcionan como una franja humanizante. Pero *Quema* no se queda tranquila con esa imagen, que podría pecar tal vez de simplona y justiciera, en tanto le superpone la de un campo vacío que se mira detrás de un vidrio, de la ventana de alguna casa-refugio. Según el cristal con que se mire, ese vacío más que referir a las metáforas que vincularon, en cierto momento de autojustificación nacionalista, campo con desierto, se llena de otras identidades (sin gringos, sin gauchos, sin peones, sin patronos con derecho de pernada sobre las hijas de puestero). Ya en 1968 la escritora Sara Gallardo anunciaba metaficcionalmente el fin del ruralismo en lo que podría considerarse la última novela rural, *Los galgos, los galgos*:

Un hombre a pie por la llanura tiene algo de escandaloso. Algo de paria, algo de asesino que huye, algo de ridículo, algo de despreciable, algo de sospechoso (...) Uno que va a pie por la llanura puede caer muerto y ser comido por los caranchos sin que el hombre de campo se asombre. Si andaba a pie, menos que humano era (Gallardo *Los galgos* 395).

Gallardo imaginaba, así, un campo librado a los desclasados, los parias, los que huyen, los pícaros también, cuyas muertes no cuentan porque sus vidas tampoco importaron, cuyos cuerpos comidos por la rapiña no son meritorios de duelo, de llanto, de recuerdo, siquiera de identificación o reconocimiento, que serían precuelas de los desposeídos de *Quema*.



La marca de la cara

En este mundo quemado que impuso nuevas regulaciones por fuera del Estado en tanto agente de poder, mediación, represión y protección, quedan grupos de sobrevivientes desperdigados por diferentes zonas. Los débiles ya no cuentan, se han ido donde van los débiles: o se arrojan a la muerte o ésta en algún momento los alcanza. La desposesión sucede, plantea Butler (*Desposesión*), cuando las poblaciones pierden su tierra, su ciudadanía, sus medios de supervivencia, su lugar, sus derechos y hasta el contacto con el otro instrumental en la praxis colectiva. Si la llegada del mal trajo revuelos en los modos de contabilizar el tiempo y habitar los espacios, no menos efectos tuvo en las formas de vida. El nuevo orden aplicó reglas propias (la quema, la desposesión obligatoria, la hambruna, la desaparición de la raza humana, el suicidio de los perros) que siguieron los débiles, pero, habiéndose liquidado los lugares de reproducción del capital, la *Quema* generó la insurrección de multitudes, por bandas que instalan la formación de nuevas comunidades y agenciamientos. Y practican economías alternativas que remedan prácticas premodernas, como el trueque en el que un bidón de combustible, una herramienta, una manta, una lata de conservas, un par de zapatos pero también la fuerza física, la resistencia de la vida corporal y la fealdad adquieren mayor valor que una barra de oro, un título mobiliario o dinero en efectivo.

De los supervivientes, algunos andan sueltos, pusilánimes, harapientos, arrastrados por el viento de ceniza, acunados por la soledad del páramo, o conducidos por las voces muerto-vivas que vienen de la tradición de Rulfo. La mayoría se congrega; algunos en peculiares agenciamientos: duplas de hermanos casi incestuosos que reprochan a sus padres haberse dejado morir, parejas sin amor ni deseo que conciben hijos en cuerpos escuálidos, mujeres con pasiones lesbianas no consumadas, una madre “pésima” con una hija que pide apostatar de su filiación sanguínea y familiar; otra madre que para salvarse entrega a su hija a traficantes de personas. Otros se aglutinan en comunidades que parecieran dar origen a nuevos



V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

biotipos. Frente a “Los Rezadores” que se dirigen infructuosamente al Norte en busca de la tierra prometida o “Los intachables” que pretenden reconstruir el mundo tal cual lo recordaban antes del mal, vencen los que fueron vencidos en el orden anterior. “Los Imperfectos” son estos nuevos biotipos viridianescos (la reina coja, la niña albina, los jorobados, los deformes, los colorados) los que no sólo imaginan sino que trabajan por un futuro diferente para la humanidad.

Si la ciudadanía ya no integra ecuación fundante con el Estado (ausente) como en las Repúblicas modernas es porque en el marco de estas nuevas uniones, la ciudadanía se adquiere de manera escalonada y se otorga por esos mismos motivos que en órdenes pasados se la vedaba. Es, por caso, la cicatriz de la cara de la chica sin ojo (una ex excluida) o la extrema belleza de una chica despigmentada condiciones no suficientes sino necesarias para ciudadanizarse, para ingresar en otros sistemas herméticos de los afectos y resignificar el estatuto de las vidas meritorias en nuevas formas de la especie. Los imperfectos rurales –esos fósiles del pasado– se vuelven importantes porque no están vivos como antes.

Para cerrar, *Quema* permite leer nuevos repartos estéticos que tienen cabida en ámbitos rurales topográfica y políticamente reorganizados. Y aunque podamos imaginar algún tiempo y espacio para la acción, no hay fijaciones cronotópicas ni anclajes referenciales que alienten lecturas desde prismas epocales, como sí ocurre con la citada novela de Mairal y el 2001 o *El desperdicio* de Matilde Sánchez y los estertores del neoliberalismo de los 90. *Quema* no sería, tan sencillamente, una novela de la crisis (de alguna crisis). Justamente se trata de una novela que escapa a encorsetamientos tranquilizadores y prediseñados desde distintas dimensiones. Desde el punto de vista genérico, coquetea con retazos del western (los buenos y los malos), la distopía, la llamada ficción posapocalíptica, y hasta con comparaciones religiosas (el camino de Santiago, el éxodo de los judíos) y parábolas bíblicas (el regreso del hijo pródigo). Desde el plano lingüístico se mezclan en un lenguaje literario original el porteño aprendido, conquistado por la autora



catalana, con el español heredado: el bizcocho se prefiere a la galletita, el calcetín a la media, la gasolina a la nafta, el bañador a la malla y el melocotón le gana al durazno.

Bibliografía

Berardi, Franco “Bifo”. *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: La Caja Negra, 2017.

Berger, James. *After the end. Representations of port-apocalypse*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.

Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós, 2010.

Butler, Judith y Athena Athanasiou. *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2017.

Castellarnau, Ariadna. *Quema*. Buenos Aires. Gog y Magog, 2015.

Davis, Mike. *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*. Madrid: Traficante de sueños, 2007.

Gallardo, Sara. *Los galgos, los galgos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1973.

Heffes, Gisela, *Políticas de la destrucción / Poéticas de la preservación*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2013.

_____ (ed.). *Poéticas de los (dis)colamientos*. Houston: Literal, 2012.

Jameson, Fredric. *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*. London & New York: Verso, 2005.

Kermode, Frank. *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*. Barcelona: Gedisa, 1983.

Lois, Carla. *Mapas para la nación. Episodios en la historia de la cartografía argentina*. Buenos Aires: Biblos, 2014.

Valencia, Sayac. *Capitalismo Gore*. España: Melusina, 2010.